

OPINIÓN

PAULA BONET

Mis sábanas sucias

No soy madre, pero he sentido el deseo de querer serlo. Dos abortos espontáneos me hicieron ver lo erróneo de hablar solo de la belleza de una experiencia que muchas veces también es desagradable. Con la noticia del segundo legrado todavía por digerir, abrí la puerta del ascensor y me vi en el espejo: me aparté la chaqueta y me tomé una foto con un embrión muerto en las entrañas. Pensé que en aquel momento muchas otras mujeres debían estar mirándose las tripas-mortaja en otros espejos sintiendo el mismo desamparo que yo sentía, que en nuestro estado no merecíamos soportar tanta soledad.

“La maternidad no es un derecho ni una obligación, es un deseo” es la frase que durante aquellos meses me repetí a diario. La escupía con rabia si me enteraba de que Jessica Chastain, Sarah Jessica Parker o Nicole Kidman habían recurrido a un vientre de alquiler para ser madres sin deformar sus cuerpos, o que Al-

bert Rivera pensaba que tener que gastarse 150.000 dólares en Estados Unidos para poder formar una familia era injusto, también cuando escuchaba que qué tragedia, que Pilarita, la hija de Amparo, nunca podría darle hijos a su marido.

Leí a Lina Meruane, a las doctoras María Teresa Pi-Sunyer y Sara Berbel, a Annie Ernaux, a Dacia Maraini, a Mary Shelley. Buscaba saber cómo enfrentarme al hecho de haber perdido tan pronto a la que iba a ser mi hija. Leer sobre experiencias que se alejaban de la historia de siempre —la que nos pregunta ya de bien pequeñas cuántos hijos queremos tener y nos explica cómo quedarnos embarazadas y ser las mejores madres del mundo— y no nos la presenta como lo mejor que puede sucedernos en la vida, me hizo ver que las que dejamos a los críos a medio hacer, las que gestamos seres incompatibles con la vida y somos incapaces de infantilizar nuestra experiencia o alardear de ella, también teníamos un lugar en el mundo. Nuestras formas de mater-

nidad estaban enterradas a más profundidad que nuestros hijos muertos, pero nosotras continuábamos vivas para darles voz.

La vida de siempre desfila a ojos del mundo mientras nosotras gestionamos la relación con las náuseas, la sangre y las sábanas sucias. *Tienes que mirar*, de la rusa Anna Starobinets (Editorial Impedimenta), una novela que aborda la toma de una decisión compleja con respecto a un aborto y se aleja del plastiquito dorado con el que se viste a las madres, me ayudó a gestionar mi duelo. Leí también la historia de una mujer que había parido a un niño muerto y no había podido dejar de hablarle hasta cumplir casi ochenta años. Y la de una de cuarenta que controlaba sus ciclos, regulaba su alimentación, se sometía a múltiples analíticas, inseminaciones artificiales, inseminaciones *in vitro*, ovo donaciones. Seguía a aquella mujer en su calvario y entendía su empeño, pero aquella mujer era lo opuesto a la mujer que yo quería ser.

Se nos manipula con la trampa de la maternidad, nos hipotecamos para que nuestro embrión fecundado pueda desarrollarse sano en nuestros vientres, y en pro del altruismo y del amor incondicional por nuestra descendencia en un mundo sobrepoblado, cientos de mujeres acaban cediendo sus cuerpos para gestar hijos ajenos. Viendo *Shelley*, del iraní Ali Abbasi, acabé de entender quién era yo, y cómo también yo había caído en la trampa de querer lucir tripita, cómo también yo no veía un futuro si no era con hijos propios. Entrad en Filmin y contemplad el terror en la mirada de un personaje capaz de ver la tragedia en quien tuvo la necesidad de ofrecer su cuerpo a una mujer rica sin útero que se avanzó a su desgracia y congeló embriones. El personaje de la gestante es el depositario del más profundo dolor de la mujer estéril, que enloquece para que su niña llegue a este mundo, aunque para ello, todo lo que ama tenga que desaparecer de él con violencia, entre náuseas, sangre y sábanas sucias.

Los bigotes de Nietzsche

IÑAKI URIARTE

CON QUÉ INGENUIDAD SUBRAYAMOS. Como si a través del tubito del bolígrafo, la mano, el brazo y el hombro, las palabras y las líneas fueran succionadas hasta el cerebro y se quedaran allí ordenadas en sus correspondientes compartimentos. Y con qué inocencia lo sigo haciendo a estas alturas de mi vida, cuando leer se ha convertido en una actividad casi puramente intransitiva, en una fiesta que me piden las neuronas solo para divertirse, sin mayores ambiciones y destinada casi siempre al olvido. De las 100 páginas que acabo de leer en esta novela, probablemente lo único que perdure en mi memoria es el dato de que Nietzsche, la mayor parte de los días, solo desayunaba agua caliente (a veces con un poco de té suave). No sé si será verdad, pero el libro parece muy documentado. Luego he estado mirando fotos en Internet y me he dado cuenta de que su terrible hermana Elisabeth, a la que yo ponía en mi imaginación una cara amargada de bruja de película, era muy guapa, más que Lou. He seguido leyendo sobre Elisabeth, la villana conservadora, nacionalista, racista, nazi y manipuladora de la obra de su hermano y enseguida me ha aparecido el conde Harry Kessler, espectacular personaje de la época, multimillonario, cosmopolita, mecenas y escritor de arte, que conocía a media Europa y que, como gran admirador de Nietzsche, ayudó a su hermana a montar en Weimar el archivo santuario dedicado a él, donde lo exhibió durante años a algunas personalidades. A Kessler, en sus visitas, no le parecía que el gran filósofo tuviera el aspecto de un demente o un enfermo, sino el de un muerto. En *Journey to the Abyss*, el inmenso diario del conde, encontré yo un día la entrada diarística que más me ha impresionado en mi vida. La traduzco:

“Weimar, octubre 2, 1897. Sábado.

A Weimar por lo de la edición de *Zaratustra*. Me alojo en casa de los Nietzsche. Le cuento a Frau Förster mis planes y esbozo el diseño de las páginas. A las diez, a la cama. Había apagado la luz hacía un cuarto de hora cuando me

A ciertas alturas de la vida, leer se convierte en una fiesta que piden las neuronas solo para divertirse

despertó un fuerte rugido del desafortunado hermano. Me levanté a medias y escuché dos, tres veces, sus largos y descarnados sonidos, como si gimiera, chillando con todas sus fuerzas en la noche. Entonces todo quedó en silencio de nuevo”.

A la mañana siguiente el conde ya estaba hablando de dineros con Frau Förster y planeando el *merchandising* de la casa: ediciones populares de la obra de Nietzsche, bustos de diferentes tamaños, dibujos, litografías, muñequitos y hasta reproducciones de bigotes.



ENRIQUE FLORES

Nota. En *Ecce Homo*, Nietzsche dice que lo mejor para empezar el día es una taza de “chocolate desgrasado”.

TOM Y WOODY. Lo mejor de vivir con estos dos no es la antropomorfización a la que juegas a menudo hablándoles, riéndoles, piropeándoles, etcétera. Como, por otra parte, jugarán ellos con su gatunocentrismo a nuestra costa. Lo bueno es lo contrario: esos momentos en que te das cuenta de que estás conviviendo con naturalidad con dos especímenes de tu propio reino animal muy extraños a ti, indescifrables, pero también tus semejantes, tus hermanos. Y tan a gusto. Los que tenemos a gatos como compañeros de vida no los disfrutamos porque nos identificamos con ellos, sino por lo distintos que nos parecen. “Más remoto que el Ganges y el Poniente”, escribió Borges del suyo. Hace unos días me crucé por el pasillo con *Tom*. Yo iba a la cocina y él caminaba en dirección a la sala con paso lento y decidido. Ni me miró. Y tuve uno de esos momentos en que se produce una especie de revelación como la que podría dar origen a un haiku. Un haiku sin letra. Voy a ponerle tres líneas.

Nos cruzamos los dos en el pasillo.

El gato. Como Pedro por su casa.

¿Cómo será su vida?, me pregunto.

BREVE SALIDA RUTINARIA para comprar el pan y los periódicos y tomar un café.

“Hola, rey”, “Buenos días, caballero”, “Gracias, majo”.

LEO QUE LOS LIBROS no funcionan tanto como la finalidad última de la actividad literaria sino como meros artefactos para concitar sobre la figura de su autor la atención pública. Una vez, E. L., al que le había gustado el primero de los diarios, vino a una presentación en Madrid. Se fue antes de empezar. “¿Ya te vas?”, le preguntó alguien. “Sí. Solo había venido para ver si tenía pinta de escritor”.

Iñaki Uriarte es autor de *Diarios. Edición completa seguida de un epílogo* (Pepitas de Calabaza).